

que tienen los negros como todo ser racional. No alcanzamos á comprender cuál sea la diferencia tan enorme que, segun su modo de ver, existe entre hombres y hombres, para condenar á unos á vivir esclavos mientras que para los otros piden una libertad ilimitada; que unos hombres sean forzados á vivir como las bestias, sin gozar ninguna conveniencia social, mientras los otros disfrutan todos los bienes de esta y disponen libremente de sí mismos; que unos, en fin, tengan derechos que reclamar, leyes que citar en su apoyo, patria y familia que les representen, mientras que al mismo tiempo y en la misma sociedad existen otros que nada de esto gozan. A cada paso nos será forzoso observar esta clase de contradicciones en que incurrén los liberales de América. Ellas muestran palpablemente que el proceder de tantos como decantan patriotismo y filantropía no es siempre la consecuencia de convicciones inspiradas por algun principio fijo, sino muy á menudo la expresion de mezquinos intereses que les afectan.



CAPÍTULO VI

¿Quién es la víctima de un desórden semejante? — Ignorancia en el pueblo — Falta de religion. — Error de ciertos hombres públicos — Mezclas supersticiosas. — Las procesiones en Bahía. — Rio Janeiro. — Las fiestas del Espíritu Santo. — Profanaciones. — Impresiones en el canal de San Sebastian. — La cruz solitaria. — Santos. — Belleza sublime del interior del Brasil. — Muchos recuerdos que causan pena.

Cuando el entendimiento atónito se detiene para contemplar el conjunto de los infinitos males que ligeramente hemos enumerado, se pregunta á sí mismo, ¿cuál será la víctima de un desórden semejante? Y no se necesitan á la verdad largos discursos para conocerla. Quien haya visitado el Brasil, la habrá encontrado en un pueblo lleno de ignorancia y de vicios que mas tarde vendrá á servir de instrumento poderoso á la revolucion, si el gobierno que lo rige no toma providencias para mejorarlo.

En la inteligencia del hombre colocó el autor de la naturaleza el primer elemento que puede causar su felicidad sobre la tierra. Es el conocimiento de los deberes

que le ligan y cuya observancia da al espíritu la paz y á las acciones la justicia que constituye su bondad. El primero y principal de nuestros deberes es ilustrar las creencias que nos ligan con el mundo espiritual: Dios, su fe y nuestra inmortalidad abren á nuestro entendimiento un mundo invisible pero eterno. La fe y nuestra conciencia nos avisan que esa es nuestra patria y que en esta misma las obras de la vida presente han de merecer premio ó castigo. No es el hombre entónces delante de sí mismo ese ser transitorio, juguete de pasiones locas y á quien un Ser creador formó para divertir sus caprichos. Es la obra jefe de la creacion que marcha por el sendero de la tierra á unirse con Dios, origen y principio de su vida. No mira en sus semejantes otros tantos émulos que le tienden lazos para hacerle caer cuando la fortuna le conduce á los altos puestos: ni son los pobres, los débiles y los pequeños indignos de sus cuidados por carecer de mérito, pues que en el gran libro de su fe encuentra escrito que « lo que con uno de aquellos infelices hiciere, con Dios mismo lo habrá hecho (1). » Hé aquí la base mas sólida de la felicidad social. Cuantas inventaron los políticos y los filósofos son imperfectas al lado de esta. Los sentimientos nobles, grandiosos y elevados que inspira, son el móvil mas eficaz de bien obrar para el individuo que los posee. Cuando esos mismos sentimientos se hayan generalizado en la sociedad, y sean la antorcha que dirija los pasos de la gran mayoría de sus miembros, entónces habremos

(1) S. Mat., cap. xxv.

visto realizada la verdadera felicidad social que los poetas llamaron « Edad de oro. »

De la ausencia de aquellos sentimientos nacen el egoísmo, la sensualidad, la insubordinacion que son el gusano roedor que devora el cuerpo social. Por desgracia, en el Brasil la educacion religiosa que pone en guarda al individuo contra estos vicios, no se ha dado al pueblo con la abundancia que se debe. Las escuelas hasta una época muy poco distante de la actual, eran raras y hoy mismo que el gobierno y los particulares las han aumentado considerablemente, la educacion religiosa se encuentra descuidada en no pocas. Cualquiera advierte sin gran trabajo hasta dónde ha cundido la indiferencia religiosa, especialmente entre los jóvenes que siguen la carrera de las letras; cuán hondas son las raices que ha echado en otros la incredulidad y qué horrorosos son los estragos que causan en aquella misma juventud los vicios, su consecuencia ordinaria. Los que trabajan por inocular en los jóvenes sentimientos de irreligion, se empeñan en colocarlos en una pendiente sin arbitrio alguno que los salve del precipicio, son pues sus verdaderos enemigos. Mas los gobiernos que toleran tal desorden permiten que se destruya el fundamento social, que se arranque el principio del bienestar público y conspiran por consiguiente contra la nacion al frente de cuyos destinos se encuentran colocados.

En otras ocasiones hemos ya levantado la voz para condenar con toda la energia de nuestra alma la conducta de los hombres públicos de América que toman por guia de su proceder gubernativo las opiniones de

escritores sin fe y sin conciencia. « En Francia, dicen, y en los Estados Unidos no se enseña religion en las escuelas del Estado; luego es claro que aquí tampoco debe enseñarse. » Esta manera tan irregular de argumentar carece de todo punto de fundamento y de principio. En Francia, donde á mas del culto católico que es el de la mayoría de la nacion, existen otros pagados por el gobierno, las escuelas nacionales están confiadas á congregaciones religiosas que enseñan con preferencia todo lo que concierne á la fe católica. La autoridad, es cierto, tiene encargado á los preceptores de estas mismas escuelas que permitan á los alumnos que pertenecen á otras comuniones, no asistir á las instrucciones que se dan en ellas sobre religion. En los Estados Unidos donde no existe culto alguno oficial, cada comunión cristiana tiene sus escuelas, ó mas bien cada escuela enseña la religion que profesan sus maestros. Los especuladores que preven han de ser mas considerables sus ganancias no enseñando alguna, son los únicos que dejan de dar en sus liceos ó colegios instruccion religiosa. Pero tambien es verdad que ningun hombre honrado, nadie que tenga conciencia manda á sus jóvenes como alumnos á esos colegios. ¿Y se quiere sean estos el modelo de los nuestros? ¿O son los especuladores de los Estados Unidos los que deben servir de norma á los hombres que gobiernan los Estados de la América del Sud?

En el pueblo bajo se dejan sentir de otro modo los funestos efectos de la ignorancia que lamentamos. Habitado á respetar las cosas santas y encontrando en

estas mismas un elemento de felicidad, busca con ansia las funciones religiosas, pero sin llevar á ellas el espíritu que debiera. Como si la función de un santo fuese de igual naturaleza que el convite á que invitase cualquier particular, mezcla la alegría espiritual que inspiran el sacrificio solemne de la religion cristiana y los cantos majestuosos que entona esta al Señor en los dias de su regocijo, con usos profanos ó que traen su origen de regocijos y diversiones tambien profanas.

Tuve ocasion de presenciar en Bahía una de estas solemnidades, y confieso que no me ha dejado recuerdos de edificacion. Era el dia de la Ascension del Señor y se celebraba allí una función en honor de « Jesus Cautivo. » La vispera por la tarde fueron conducidas procesionalmente al templo muchas imágenes de santos traídos de diferentes iglesias, á todos los cuales recibia en la puerta la imagen sagrada de « Jesus Cautivo » y los acompañaba hasta colocarlos en el puesto que debian ocupar. Todos los alrededores de aquella iglesia retumbaban con repetidos truenos de pólvora y de tamboriles y con los gritos que una multitud alegre alzaba en honor del mayordomo que hacia la función. Yo no critico tales funciones, ni ménos condenaré los regocijos con que un pueblo religioso ostenta en muchas ocasiones sus creencias; si deseo que los encargados por Dios de dirigir las costumbres de ese pueblo, le instruyan de un modo conveniente en el significado y en el objeto de tales solemnidades. Nada de esto entendian los pobres negros y mulatos que intervenian en las ceremonias y dirigian sus repetidos vivas al mayordomo de la función.

Ademas, la compostura de los concurrentes no era á propósito para inspirar recogimiento.

Bahía sin embargo es la segunda ciudad del imperio, la sede del prelado metropolitano y uno de los centros de la civilizacion en el Brasil. Cuando yo visitaba esta populosa ciudad salia ella recientemente de una de esas duras pruebas á que la Providencia somete los pueblos de cuando en cuando. El cólera morbo y la fiebre amarilla habian diezrado sucesivamente su poblacion. La mayoría de esta se compone de negros y de mulatos, quienes, no teniendo por lo regular cuidado del aseo de sus casas, dan motivo para que la ciudad aparezca sucia y las epidemias hagan en sus habitantes tanto mayor estrago.

Rio Janeiro sirve hoy de residencia á la Corte del imperio brasileño. Ninguna bahía existe en el mundo mas hermosa que esta : Nápoles y Constantinopla, las mas grandes que posee la Europa, no la exceden en belleza. Los altos montes, los verdes bosques, los palmeros y los plátanos que la rodean, le dan un aire sobre manera festivo y pintoresco. Centro del comercio del imperio, su movimiento es singularmente activo y animado y llama á su plaza extranjeros á millares que la enriquecen con tesoros de toda clase que recibe en cambio de sus ricos frutos. Los templos, palacios, teatros y otros edificios, mas ó ménos grandiosos, contribuyen á embellecerla, realzando con las obras del arte la hermosura con que pródigamente fué dotada por la naturaleza.

Bien sabido es que en las capitales hay por lo re-

gular mayor ilustracion que en las ciudades de provincia. En Rio Janeiro sucede del mismo modo en comparacion con sus poblaciones subalternas. Mas esto no impide que allí mismo el pueblo bajo sea tan ignorante como el que mas. Preguntad á esos grupos de negros, esclavos unos, libertos otros, que recorren las calles precedidos de una campanilla, arreados por un mayoral y cargados en fin como las bestias. Preguntadles ¿cuál es su fe? ¿cuáles sus deberes con relacion á los hombres con quienes viven? ¿y cuáles, en fin, sus obligaciones para consigo mismos? Nada responderán, porque nada saben : dirán cuando mas que son cristianos porque fueron bautizados, pero ni conocen el valor del sagrado carácter que el sacramento regenerador imprimió en su alma, ni ménos entienden los deberes augustos que el mismo les impone, ni pueden cumplirlos por consiguiente desde que no los entienden ni conocen. Ellos no comprenden otra obligacion que trabajar para enriquecer á sus amos, ni mas deber que obedecer ciegamente los caprichos de sus mayorales y recibir en silencio los castigos brutales que estos les imponen por faltas involuntarias las mas veces. Ellos trabajan de dia y de noche, trabajan en los dias de fiesta mismo, porque esto se les manda y no tienen mas deber que la obediencia á sus señores. Preguntad á los hombres del pueblo ¿cuáles son sus deberes? No os responderán, es verdad, como los anteriores; su ignorancia no es tanta, y ademas, porque hay entre ellos no pocos infectados de los principios de insubordinacion á la autoridad, desgraciadamente tan generalizados hoy en el Brasil; pero les oiréis confundir

la verdad con el error, la religion con la supersticion y practicar pomposamente las ceremonias del culto exterior, miéntras su corazon y su alma están léjos de tributar á Dios el culto interior que nos prescribe la religion misma. ¿Y qué otra cosa significan esas suntuosas funciones que tienen lugar en ciertas solemnidades de la Iglesia y á las que concurre una muchedumbre tan falta de devocion como de conciencia en órden á los santos misterios que presencia? Yo he visto la del Espiritu Santo en Rio Janeiro, en Santos y en otras ciudades mas ó ménos importantes del imperio, y en todas no encontré otra cosa que una mezcla de religion y de supersticion que entristece al hombre que tiene conciencia de la dignidad y santidad de las prácticas católicas. Algunos escritores, al denunciar estos abusos entronizados en el santuario, han pretendido confundir con ellos á la religion, procurando maliciosamente que el anatema que merecen caiga tambien sobre la fe que, segun su dicho, los fomenta y patrocina. Ignoran que la religion católica fué la que combatió siempre la primera todo género de abusos; la que prescribió ritos y ceremonias que no pueden variarse ni alterarse, y la que, tanto en aquellos como en estas, dió al pueblo creyente el magnífico compendio de los augustos misterios que encierra su fe divina. Ignoran que dia por dia levanta su voz para recomendar la observancia perfecta de sus ritos y para encargar el decoro de sus templos, é ignoran, en fin, que es responsable de un delito todo aquel que innova ó permite innovaciones en lo que la Iglesia ha mandado observar en esta materia. No recae pues sobre la Iglesia católica

responsabilidad de ningun abuso, porque ella todos los reprueba y condena; y si los templos son profanados con ceremonias ménos dignas, si los fieles en ellos asisten, no con la debida compostura, y si se invocan en fin las cosas sacrosantas para tráficos degradantes para quien ó los hace ó los permite, la religion desde mucho tiempo atras no cesa de fulminar con voz tremenda terribles anatemas contra los profanadores de Dios, de su templo y de su fe. Seamos justos: cuando combatimos los abusos no consultemos las preocupaciones que nos indisponen contra personas que profesan opiniones diferentes de las nuestras; de otro modo culparemos injustamente, creyendo encontrar el vicio en quien no lo cometió.

Cuando á la conciencia católica mortifica el peso de aquellas profanaciones, nada le consuela tanto como contemplar rodeados de su augusta magnificencia esos mismos objetos que los hombres envilecen con sus indignos tratamientos. El humilde oratorio de una aldea, decorado con pobres ornatos, pero servido por dignos ministros é invadido por un concurso fervoroso, parece á su corazon mas venerable que los templos adornados con bellos mármoles y ricas estatuas. Cuando poco despues de haber dejado á Rio Janeiro divisaba en una de las colinas pintorescas del canal de San Sebastian una cruz colocada bajo de un pobre techo y delante de ella algunos negros arrodillados en señal de orar fervorosamente, mi corazon palpitaba de ternura, miéntras que mi mente volaba al pié de esa misma cruz y mezclándose con aquellas almas humildes quedaba engolfada en



el profundo mar de sus misterios. ¡ Ah! mis ojos presenciaban el paisaje mas bello que puede ofrecer la naturaleza. Huertos, riachuelos, cascadas, jardines, bosquecillos, hermosos sembrados y casitas pintorescas se sucedian durante muchas millas; pero mas fuerte que todas las impresiones agradables que causaban á los sentidos tantas bellezas reunidas, era la que producía en mi alma el silencio, el recogimiento y la plegaria que rodeaban á la cruz. Intimas son las relaciones que existen entre el espíritu que da vida á nuestro ser y la eternidad que sirve de gran centro á sus movimientos; entre el alma que en vano busca en la tierra placeres que la satisfagan y el mundo invisible donde nuestro entendimiento trasluce los bienes por que suspira; entre el hombre espiritual que contempla y ama y los objetos que le ligan al pensamiento eterno donde Dios preside. Por eso buscamos en lo espiritual un centro que, á pesar de sernos desconocido, nuestra alma ama infinitamente. El primer objeto que divisé cerca de Santos era propio para alimentar estas ideas. En la cúspide mas elevada de una montaña que sirve de abrigo á la poblacion se ve un pequeño templo. ¿ Cuántas veces el corazón del viajero que luchó con las ondas procelosas del Océano, no ha volado hasta el recinto de aquel templo y depositado sus votos en las aras de la Virgen á quien está consagrado? Santos me ofreció un pueblo pequeño pero importante por su comercio y pintoresco por su situacion. Largas calles de árboles se sucedian en sus alrededores; por todas partes me veía rodeado de una vegetacion robusta y vigorosa, y cuanto mas me alejaba de la costa,

mas hermosa perspectiva ofrecia la naturaleza presentando paisajes encantadores. Todo cuanto allí es obra del Criador es grande, es sublime; todo lo que ha hecho el hombre es raquítico. Sobre esos montes poblados de frondosos árboles han sido abiertos caminos que se derumban por todas partes; esos valles amenos donde crecen el plátano y la caña dulce, el guayabo y el chirimoyo, están cruzados por sendas donde el caballo y el jinete se hunden en el fango hasta quedar su vida en peligro; en los pequeños lugares que es necesario atravesar, no se encuentra quien reciba al viajero fatigado y necesitado de descanso para continuar su marcha, y, en fin, cuanto la obra de la creacion se ostenta allí magnífica, tanto se echan ménos la industria y la fatiga del hombre para aprovechar las ventajas infinitas que aquella ofrece. Sin embargo, no es posible transitar por ciertas provincias del Brasil, sin recordar con pena los trabajos que allí emprendieron en época no muy remota ciertos hombres filantrópicos empeñados en hacer florecer aquel vastísimo país que se ofrecia por primera vez á la vista de los europeos. Hablamos de los ingenios abandonados, de los edificios ruinosos, de las haciendas incultas que fueron fruto del trabajo y de la constancia de los jesuitas. ¿ Cuántos bienes no reportaban al país todas esas empresas? ¿ Cuánto adelanto para la civilizacion de los indígenas empleados en el cultivo de las tierras, y en la fábrica de tejidos que aquellas ruinas indican existieron en otro tiempo? Se habla hoy tanto de progreso en todos los Estados de América, y hay efectivamente mucho movimiento en algunos puntos litorales, se ven hermosos

edificios en las ciudades capitales y en los puertos de mar... pero no es todo esto sino un afeite de progreso, no es mas que una civilizacion fingida. El viajero que registra el corazon de estos mismos países, ¡cuántos motivos no encuentra para decir que retrogradan en su marcha!



CAPÍTULO VII

Combate que presenciamos. — Necesidad de una reaccion. — ¿Cuál debe ser esta? — ¿Existen los elementos necesarios? — Debe iniciarse por la educacion. — Debe restituirse su libertad á la Iglesia. — Oposicion de los verdaderamente intolerantes. — Asociaciones religiosas y de beneficencia. — ¿Qué indican?

En medio de ese confuso movimiento que hace percibir un mundo continuamente agitado, nuestro entendimiento presencia un combate interminable, en el que de una parte obra la accion de la Providencia y de otra la del hombre empeñado en contradecirla. Miétras la mano de la Providencia dirige las cosas á su fin siguiendo el curso que les tiene marcado, la mano del hombre se empeña en desviarlas y en precipitarlas por distintas sendas; la mano de Dios las destina á llenar ciertas disposiciones de sus insondables juicios, la del hombre pretende convertirlas en medios para medrar en beneficio de sus propios intereses. Pasma por cierto á quien conserve inteligencia en la mente y fe en el corazon, pasma, repetimos, observar el empeño con que se pretende levantar